

FORMACIÓN Y DISCÍPULO AGUSTINIANO

*Donato Jiménez Sanz**

Todos sabemos que san Agustín fue un pedagogo sobresaliente, como en todos los otros campos. Su obra completa tiene una finalidad pedagógica. Él fue un estudiante aventajado, intelectual indiscutible, filósofo, sicólogo y teólogo de referencia ineludible, maestro en el saber y el enseñar, escritor puntual de los temas profundos y de actualidad, infatigable pastor, predicador, polemista y comunicador. Así pues, ha publicado diversos sermones, epístolas, tratados e instrucciones para los alumnos y para los maestros. En el presente artículo, se explicarán las cualidades del pensamiento de uno de los más importantes padres de la Iglesia.

I. *STUDIUM SAPIENTIAE*

Título con densidad propia para el permanente plan de formación agustiniana que, por ser precisamente agustiniana, se abre necesariamente a todo hombre y a todo el hombre: «¿Qué es mi corazón, sino un corazón

* Secretario general de la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima.

humano más?» (*D. Trint. IV, proemium, 1*). *Studium sapientiae* es, para S. Agustín, «todo el esfuerzo cultural y moral, sobre todo en cuanto puede servir de soporte a la profesión cristiana» (SS 9).

Este *studium sapientiae* se volcó excitado por la lectura del Hortensio; por eso, los filósofos lo llaman así, porque profesan el *studium sapientiae* o la misma sabiduría.¹ Además, se advierte que no es más noble la filosofía de los gentiles que la filosofía cristiana, pues una sola es la verdadera filosofía² con tal de que signifiquemos con ese nombre el estudio o el amor a la sabiduría³ (SS 9). Por eso, él siempre dedicaba unas horas a la «salud del alma» o «búsqueda incesante de la verdad».

San Agustín establece una especie de *ordo studiorum sapientiae*, que constituiría un ‘método’ o ‘camino’ por el que cada uno resultase apto para comprender el orden de las cosas⁴ (Ib 9). El *studium sapientiae* es acción y contemplación, organización de vida y de costumbres, investigación de los acontecimientos, ciencia, reflexión y contemplación de la verdad en sí misma; en fin, todo a lo que noblemente se puede dedicar el hombre (SS 9).

Asimismo, el peso y el orden son dos conceptos muy bien comprendidos por S. Agustín. El peso es el impulso gravitatorio hacia el centro, mientras que el orden significa dirección y rectitud del movimiento. Por otra parte, el movimiento que conduce hacia el verdadero centro es ordenado; pero el que no es ordenado es pecaminoso, porque se desvía del fin. Así pues, la ética agustiniana está basada en la ontología o grados jerárquicos de los seres. El espíritu ocupa un lugar medio: debajo de sí tiene todo lo corpóreo y material; sobre sí, al Creador suyo y del mundo. Entra

¹ *Vel ipsam sapientiam profiteri.*

² *Una est vera philosophia.*

³ *Studium vel amor sapientiae.*

⁴ *Fit quisque idoneus ad intelligendum ordinem rerum.*

aquí en juego toda la dialéctica del *uti* y del *frui* (cf. S. Agustín 1982: 73-75).

Studium significa empeño, dedicación, afán, trabajo, cultivo, esperanzas... y el gozo del hallazgo. Es decir, es el camino de la cultura y de la superación de veleidades que podrían ser objeto de la curiosidad, la cual puede presentarse falazmente como ciencia.

Actualmente, los jóvenes necesitan modelos claros y firmes que los guíen para que puedan salir airosos frente a las infinitas ventanas abiertas hacia la frivolidad, hacia la curiosidad malsana y, muchas veces, pervertida. Se debe crear un clima apropiado si se desea una ecología intelectual y moral; con esto se evitarían los extravíos, incluso los programados por ideologías perversas. Los jóvenes, una vez rotos y estragados, no encontrarían el camino de regreso; por eso, se les debe ofrecer la solidez de los valores que se sostienen por sí mismos. Dada su entidad ontológica, los valores valen —dice su definición— y son los que construyen al hombre; puesto que tienen la valía y la edificación de las personas que los cultivan o ejercen y, también, de quienes entran en relación con ellos.

Agustín distingue muy bien entre el curioso y el estudioso, así como entre el religioso y el supersticioso, o entre el crédulo y el creyente. Además, habla de la *vana curiositas* y aun de la sacrílega *curiositas*, ya que se dio a ridículas prácticas de superstición (cf. *Conf.* III 3, 5). *Studiosus* es «aquel que con todo empeño se dedica a investigar todo lo que se refiere a la sólida alimentación y embellecimiento del alma» (*De util. cred.* 9, 22).⁵

⁵ *Is qui ad animum nutriendum liberaliter atque ornandum pertinent, impensissime requirit. Impensissime*, se puede observar, está en superlativo y lleva las ideas de esfuerzos, gastos extraordinarios y de sacrificio.

El *studium* abarca a todo el hombre (con sus capacidades intelectivas, afectivas y operativas) y unifica, dentro de él, los hallazgos de todas las potencias. Si el doctor de Hipona ocupase su cátedra en estos tiempos de ordenadores, no cabe duda de que hubiese dado clarísimas instrucciones para lo que hoy, con rimbombancia, quieren llamar aprendizaje interactivo, que no es otra cosa que la profundización o ampliación de los niveles académicos que ascienden armónicamente de gradual intensidad intelectual hacia la sólida construcción moral: palabras o signos, comunicación o soledad, trabajo individual o en equipo, espacio doméstico o utilísimos instrumentos *on line*. Entonces sería consciente de la relación vertical con el Creador y de la sentida relación horizontal con el entorno.

Se requieren, además, condiciones para la actividad del *studiosus*; pero ante todo —dice S. Agustín— es necesario un gran «amor a la verdad» y una gran «docilidad hacia Dios», Verdad primera y verdadero Maestro interior. El santo doctor se confiesa con frecuencia *amator sapientiae*. Su evaluación final neta la resume así: *amor meus, pondus meum*; aunque también la podría haber formulado así: *pondus meum, veritas mea*. Finalmente, el *studium* es el ejercicio de amor que busca la posesión de las cosas verdaderas y nobles y, también, la comunicación de tales bienes (ya como *doctores* en la escuela, ya como *viatores* en la calle y en la vida); puesto que siempre se puede ser profeso de la verdad: «única cosa —le escribe a su amigo Honorato— a la cual, desde hace tiempo, consagramos nuestras vidas»⁶ (*De util cred.* 2, 4; SS 10).

⁶ *Cui uni rei iam diu statuimus.*

II. SABIDURÍA

Alcanzar la sabiduría fue siempre la gran pasión agustiniana, debido a que esta satisface los deseos del hombre y lo conduce a su formación plena. Buscar la sabiduría es buscar a Dios, pues ¿a qué podemos llamar sabiduría, sino a la *Sapientia Dei*?

Pero, ¿qué es la sabiduría de Dios, sino la Verdad? Es, precisamente, Verdad por esta suprema Medida;⁷ mientras que la suprema Medida lo es por sí misma.⁸ De este modo, siendo perfecta y suma Medida, necesariamente es verdadera Medida⁹ (cf. *De b. vita* 4, 34). En ella, efectivamente, se identifican la verdad y el bien, así como la belleza y la vida feliz.

La oración con la que empieza los soliloquios sintetiza las afirmaciones intelectuales y las convicciones cordiales no solo de la existencia del Dios creador, sino del Dios padre de la verdad, padre de la sabiduría, padre de la bienaventuranza (de lo bueno y de lo bello), padre de la luz inteligible que nos ilumina y padre de la prenda que nos recuerda la vuelta hacia Sí. En Dios está la fuente de la sabiduría de todos los que saben, así como la luz espiritual que baña de claridad a todas las cosas que brillan en la inteligencia y, además, el principio, la fuente o causa de todo lo bueno y hermoso.

Todo está dicho con repetidísimas expresiones estáticas, que declaran la inmutabilidad de Dios, y expresiones dinámicas, que declaran su permanente actividad. Seis veces seguidas, en cortas frases, engloban la esencia estática y dinámica del ser y del obrar de Dios: «*in quo et a quo et per quem*» (*Sol.* I 1, 3). Todos los casos del relativo vienen declinados para hacer

⁷ *Per aliquem summum modum.*

⁸ *Si enim summus modus, per summum modum modus est, per seipsum modus est.*

⁹ *Verus modus.*

la descriptiva suma del inmenso ser divino: «*Deus qui, Deus in quo, Deus per quem* [...]».

Aristóteles mismo, en su perdido escrito *Sobre la oración*, habla del Dios trascendente y más que espíritu y de la experiencia psicológica que él establece como una de las pruebas de la existencia de Dios. «Al que se adentra en esta iniciación le conviene no tanto aprender (*mazein*) con el entendimiento, cuanto vivir una experiencia interior (*pazein*), y entrar así en la debida disposición de ánimo (*epitédeios*)» (Fraile 509). Debido a que carece de Revelación, la experiencia le viene de la vida síquica y del contemplar la ordenada gradación de las perfecciones en el cosmos.

«El que llega a la suprema Regla o Medida por la Verdad es el hombre feliz»¹⁰ (*De b. vita* 4, 34). Esto es poseer a Dios: gozar de Dios. Las demás cosas están contenidas en Dios, pero no se las posee.¹¹

Si se pregunta qué es sabiduría, se dirá que es *modus animi* o «la moderación del ánimo, por la que mantiene un equilibrio, sin derramarse demasiado ni encogerse más de lo que pide la plenitud»¹² (*De b. vita* 4, 33). Esta célebre máxima de los Siete Sabios (*Medén agan*) se tiene por utilísima (cf. *De b. vita* 4, 32).

La sabiduría debe ser amada por sí misma, ya que la misma vida solo es un medio para alcanzarla. Tanto le entusiasmó el *Hortensio* que sentenció: «La sabiduría tiene un nombre en griego que se llama filosofía a la cual me encendían aquellas páginas. No faltan quienes han engañado sirviéndose de la filosofía encubriendo sus errores con nombre tan grande, tan dulce y honesto».¹³

¹⁰ *Deum habet quisquis beatus est. Hoc est animo Deum habere, id est, Deo frui.*

¹¹ *Quamvis a Deo habeantur, non habent Deum.*

¹² *Quo sese animus librat ut neque excurrat in nimium neque infra quam plenum est coarctetur.*

¹³ *Sunt qui seducant per philosophiam, magno et blando et honesto nomine colorantes et fucantes errores suos.*

Así, dice el Hiponense, «también allí se manifiesta aquel saludable aviso de tu Espíritu, y que conocemos por tu siervo: “Que nadie os engañe con vanas filosofías y argucias seductoras como suelen los hombres y no según Cristo, porque en Él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad”»¹⁴ (Co 2, 8).

El *fucus* es una «orchilla» o «liquen» de mar del que se extrae el tinte rojo o púrpura. *Fucare*, en latín, significa ‘colorear’ o ‘acicalar’; a partir de este, significó ‘adulterar’ o ‘falsificar’. S. Agustín, acerca del honesto nombre de Filosofía, indica que existen quienes abusan de la filosofía y seducen *colorantes et fucantes errores suos* (cf. *Conf.* III 4, 8).

La sabiduría es conocimiento y experiencia, es saber y sabor. En efecto, es todo lo que establece en la persona el *ordo amoris*: la jerarquía de valores y el móvil o razón de las opciones fundamentales de la persona (cf. SS 11).

III. FORMADOR

Desde su conversión, la vida y obra de S. Agustín transcurre en formar hombres sabios, hombres cristianos; es decir, hombres según la imagen de Cristo y la Sabiduría de Dios: *Apud te est enim sapientia* (cf. iob. 12-16).

S. Agustín jugará «a lo Pablo» con la jugosa palabra *forma* (*morfê*). Así, hablará de Dios, quien nos *formó*, y del hombre, quien se *de-forma* por el pecado y quien debe volver a Dios para *re-formarse* por medio del arrepentimiento y para *con-formarse* (configurarse en su forma, molde

¹⁴ *Videte ne quis vos decipiat per philosophiam, et inanem seductionem [...] et non secundum Christum quia in ipso inhabitat omnis plenitudo divinitatis corporaliter.*

o modelo) en Cristo. Asimismo, debe quedar *in-formado*, en su sentido teológico, «del misterio de Dios, que es Cristo, en quien se hallan todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» o, en palabras originales, de la *sofía* y de la *gnosis* (cf. Col 2, 3) con la carga cultural e ideológica de la época. Por tanto, «que nadie os engañe ni con discursos especiosos ni con razones falsas» (Col 2, 4). En el eje y registro de esa tarea, estará siempre el profesor, el formador, el maestro.

El hombre se forma cuando se convierte a la luz inmutable de la sabiduría... que no cesa de hablarle para que se vuelva a Aquel de quien procede; pues, de otro modo, no puede ser formado ni ser perfecto (cf. *De Gen. ad litt.* 1, 5-10; *Stud. Sap.* 14). Así, S. Gregorio Taumaturgo en *Elogio del maestro cristiano* indicaba lo siguiente: «Cuando estudiábamos, el maestro Orígenes era para nosotros como un ángel de la guarda. En sus clases, parecía que el ángel custodio no tenía nada que hacer, pues lo remplazaba cuidando amorosamente de cada uno de nosotros. Nos guiaba en la virtud no solo con sus luminosas palabras, sino con sus admirables ejemplos». También, Benedicto XVI realizó un anuncio sobre esta realidad: «Quisiera Dios que los alumnos de hoy pudieran decir lo mismo de sus maestros».

«*De forma in formam mutamur, atque transimus de forma obscura in formam lucidam [...] Quae natura [humana] [...] a deformi forma formosam transfertur in formam*» (*De vera rel.* 12, 24). Así, *formosus* proviene de *forma* ('hermoso', 'bello' o 'bien formado'), (cf. Bto. Simón de Casia).

«*Stabor atque solidabor in te, in forma mea, veritate tua*» (*De Trin.* 8, 14). Agustín, el brillante retórico de Milán, distorsiona incluso la gramática para dar mayor eficacia expresiva a la acción de Dios: «Me estabilizaré (*stabor* equivale a 'seré mantenido estable por Ti', 'seré sólido', 'estaré firme en Ti' o 'Tú me darás la solidez') en mi forma, en tu verdad» (*Conf.* XI 30-40).

Es necesario profundizar en la traducción y en su sentido: tu verdad es mi forma que me hace *formosus* ('hermoso') con lo cual, por la fe en Cristo, quedamos «formados y firmes» (cf. Col 2, 5). Además, también se puede aplicar ambos adjetivos de Pablo a los Colosenses: «formados y firmes». El exégeta P. Alonso Schökel hace alusión a Josué y comenta escuetamente: «Con resonancias militares. Sí, son admitidas esas resonancias».

«El Verbo es la forma de todo lo formable, ya en la vida trinitaria como en la acción creadora y re-creadora del mundo, y especialmente con las vitales paradojas del cristianismo: desde el hecho deforme de la Cruz para hacernos formados y con-formes» (SS 14). «*Est Verbum Dei forma quaedam, forma non formata, sed forma omnium formatorum [...] Ipsum verbum, Sapientia Dei*» (Serm 117, 2-3). «*Ipsa est species prima, qua sunt, ut ita dicam, speciata, et forma qua formata sunt omnia*» ('Ella es la especie primera por la cual son —por así decirlo— especificadas, y la Forma por la que todas las cosas son formadas'), (De div. quaest. 23). Por eso, el mal, puesto que carece de toda forma, no tiene entidad; es *privatio boni* ('privación de todo bien'), (De div. quaest. 6).

IV. FORMADOS EN LA VERDAD DE DIOS

Hoy nos refieren como noticia —y *noticia*, en su origen, es algo digno de ser conocido— planteamientos y comportamientos descabellados y, en el mejor de los casos, ridículos. Otros son abiertamente irracionales y trágicos.

Es de admirar que S. Agustín —afincado por su inteligencia y ya afirmado por la fe *in Veritate Dei* ('formado en la Verdad de Dios')— se vea intelectualmente liberado y moralmente vacunado para escapar indemne del barro de su tiempo. Dijo que ya no sufriría las impertinencias de los

hombres que, por la enfermedad contraída por su pecado (*poenali morbo*), preguntan más de lo que son capaces de entender. A esos planteamientos los llama *vanitatem loqui* ('pura vanidad' o 'hablar por hablar'), (*Conf.* xi 30-40).

A nadie se le puede ocultar que se padece de un recrudecimiento del Mal debido a los nuevos tiranos en el abuso del poder, con más gravísima culpabilidad que la de los césares romanos. Los «nuevos emperadores» sí pueden pensar que por el hecho de profesar a los creyentes su «fe cristiana» no denuncian sus corrupciones, su vida de libertinaje, su pretender quedar —valga la expresión— «más anchos que largos» y propalar su ateísmo o su irreligión. Pero saben bien que los cristianos no son ningún peligro para el Estado ni para la sociedad, ni siquiera para su tren de vida; al contrario, el bien que la Iglesia aporta al hombre y al mundo es invalorable.

Por quedar encerrados bajo una legislación neo-bárbara y degradante, todos son tiznados y heridos. En muchos países, legislaciones aberrantes como el aborto, la sodomía o el tanatismo (que no es eutanasia) son depravaciones inadmisibles que avergüenzan a todos. La matanza de los niños, propiciada y pagada oficialmente, es el signo de la barbarie más criminal que está perpetrando la historia de la humanidad.

Por eso, muy inteligentemente —decía el convertido inglés Chesterton—, la Iglesia es la única realidad que salva al hombre de la degradante esclavitud de ser hijo de su época. «Pertenece cronológicamente a esta época, pero de ninguna manera puede contarnos legítimamente entre los suyos. Estamos en el mundo, pero no somos del mundo» —nos advierte Jesús— (cf. Jn 17, 14-17). En los tiempos de la Ciudad de Dios, retaba S. Agustín: «Quien no vea las admirables obras del Cristianismo está ciego; quien las vea y no las alabe es un ingrato» (*CD* 1, 7).

Sí, porque sin desentenderse de esta dimensión temporal, ceñidos a un responsable e integral compromiso con lo humano, puede trasportarse, a

la vez, a la mismísima actualidad y eternidad de Cristo: el mismo ayer, hoy y siempre¹⁵ (cf. Hb 13, 8).

V. FE: LA OTRA VÍA DEL CONOCIMIENTO

La Iglesia enseña que existe doble vía de acceso al conocimiento: una por los sentidos y la razón natural (*Caeli enarrant gloriam Dei* [Sal 18, 2; Ro 1, 20]), y la otra por la fe divina vía (*alia via* [D 3004-3015]). Esa era la ventaja doblada de quienes, por gracia, poseen la fe.

Al repasar la historia de la filosofía, se constata con facilidad el paso de escuela a escuela o la caída de un error en otro. La adquisición y evolución del pensamiento hace que se den por superados muchos de esos razonamientos. Racionalistas o epicúreos, positivistas o estoicos, todos padecen el craso error —enseñara el doctor africano— de creer que el hombre se puede sanar, salvar o puede alcanzar la felicidad por sí mismo (cf. Capánaga 120). «Solo te puede hacer feliz el que te hizo», diría el gran Inquieto. Por eso, gracias al don de la fe que se posee por gracia, se goza de un horizonte de certezas que descubre —claro y seguro— el sentido de nuestra vida y brinda la experiencia gozosa de la dignidad que fue revelada: «somos dinastía de Dios» (Hch 17, 28).

La llegada de la fe cristiana hizo dar saltos decisivos a la filosofía; además, desde la fe estará curado vuestro discurso contra esas «vaciedades» de que habla el santo. Sobre todo, contra inicuas aberraciones que hoy padecen muchas sociedades por legislaciones interesadas, perversas y abiertamente contrarias a la dignidad y al simple concepto de persona. No es necesario ser cristiano para saber que el aborto es un crimen abominable; la metafísica de la persona y la sana

¹⁵ *Heri et hodie idem, et in saecula.*

filosofía lo enseñan. Ciertamente, pero la fe afianza, en una visión más clara y con una actitud más firme, la «cuestión» —por usar el término agustiniano.

En consecuencia, a los formadores les corresponde ilustrar y hacer sólida la verdad en la inteligencia de los niños y de los jóvenes, para que el mundo y las ideologías del Mal (libertarias o liberticidas) no los estraguen por el abismo de la depravación.

Se tiene la responsabilidad de cambiar los tiempos que se padecen. S. Agustín acuñó la frase: «*Nos sumus tempora: quales sumus, talia sunt tempora*» (*Serm* 80, 8). Probablemente estaba inspirada en parejo tono de arenga ciceroniana. Como agustinianos y —permítaseme la expresión— «además de lo demás», se asume la obligación sagrada de hacer los tiempos mejores. Solo se podrán lograr si se empeñan en que así sea.

La guerra está declarada y abierta, aunque casi nadie hable de ella: el Mal contra el Bien; sin caer en temores baratos o simplistas ni en el encierro por la observación cursi de que hablar así sonaría a maniqueísmo. El Mal es ya tan descarado que no se puede dudar ni de su raíz ni de su perversidad. Este debe ser enfrentado con el Bien, con el abanico de las virtudes y de los valores, a sabiendas y con certeza de que el Mal tiene un límite y una derrota: ser vencido por el Bien.

Paladinamente, había denunciado Juan Pablo II al Mal como programa que experimentó en su propia carne y sangre: «El Bien es mayor que cualquier mal. El Bien que, en definitiva, tiene su fuente únicamente en Dios. El límite impuesto al mal por el bien divino se ha incorporado a la historia del hombre» (*Mem. e ident.*). Es la tarea ingente que el gran Maestro de occidente se propuso: «defender la ciudad de Dios de sus enemigos». Es, pues, específicamente el creyente quien tiene que vencer el Mal con la siembra del Bien (cf. Ro 12, 21), y realizar día a día, aunque nadie la escriba, la Historia del Bien.

VI. DEOGRACIAS

«Me aburre el repetir muchas veces las mismas cosas», decimos. Ya lo había confesado el diácono Deogracias cuando le pidió al obispo Agustín unas normas y consejos para seguir impartiendo su enseñanza. Este le mandó todo un libro de catequesis para catequistas: *De catechizandis rudibus*.

La frase consignada por Séneca (*homines, dum docent, discunt* [Epist. VII]) todos la firman como cierta; sin embargo, en S. Agustín tiene su peculiar hondura y la total implicación de la persona. Cuando enseñamos, todos somos un poco «hermanos o padres» para nuestros alumnos.

El maestro Agustín no duda en aconsejar que se debe ejercer el magisterio incluso como «madres»: *congruamus eis per fraternum, paternum, maternumque amorem, et copulatis cordi eorum etiam nobis nova videbuntur* (‘acerquémomos a los alumnos con afecto fraterno, paterno, incluso materno; es necesario esforzarnos por fundirnos en sus corazones, y aquellas cosas que para nosotros son viejas volverán a parecernos nuevas’). Tanto puede el sentimiento y el afecto al otro que nos habitamos recíprocamente — *habitemus in invicem*—: ellos en nosotros cuando nos escuchan, y nosotros en ellos porque, en cierto modo — *quodam modo*—, aprendemos lo que les enseñamos (cf. *De catech. rud.* 12, 17).

S. Agustín es, al fin, también el mejor cultor, si no el fundador de la *philosophia cordis* en su doble dirección: transmitir la verdad al entendimiento a través del afecto o la escuela del corazón¹⁶ (*Contra Faust.* 32, 18); pues se necesita hacer gustar el conocimiento afectivo de la sabiduría y de la verdad sabida por el entendimiento.

¹⁶ *Non intratur in veritatem nisi per caritatem.*

Así, describe siempre con su inextirpable fibra cordial: «cuando enseñamos a algún visitante un paisaje o una ciudad que nosotros cruzamos sin mayor interés porque la conocemos, ¿no sucede que nuestro placer se renueva por su placer ante la novedad?» Y tanto más cuanto más amigos son,¹⁷ porque cuanto más vivimos en ellos por el amor o la amistad, tanto más se hacen para nosotros nuevas las cosas que nos eran viejas.¹⁸ Nadie podrá negarle al Hiponense esta verdad bajo el punto del efecto psicológico ni como resultado pedagógico. En Agustín, pensador profundo y sentidor eminente, todo será siempre *opus mentis et cordis*.

Por eso, el maestro agustiniano, si desea serlo de verdad, debe, además de profesor, ser testigo; es decir, no solo debe creer en la bondad, en la verdad y en la utilidad de lo que enseña, sino que lo que enseña es una verdad particular que participa de la Verdad universal. Una de las primeras frases del Papa de la sonrisa, Juan Pablo I, fue no solo hacer original homenaje de agradecimiento (llamándose un papa, por vez primera en la Historia, con dos nombres) a sus grandes predecesores Juan XXIII y Pablo VI, sino —y sobre todo— por haberlos entendido y sentido como «maestros» y «testigos»: las dos caras de la idéntica medalla de la verdad vivida por cada cual en su peculiar manera. Así, pide al cielo que quisiera para su pontificado poseer la admirable *scientia mentis* de Pablo VI y la reconocida *sapientia cordis* de Juan XXIII, a quien el mundo llamó de manera espontánea y familiar «el párroco del mundo», e incluso el sistema más ciego y opresor que ha padecido el orbe, el comunismo-socialismo, lo reconoció siquiera como el «Papa Bueno».

Se establece, pues, el amor como método de conocimiento; pero también como la talla, estatura o solvencia del ejercicio profesional como

¹⁷ *Et tanto magis quanto sunt amiciores.*

¹⁸ *In nobis nova fiunt quae vetera fuerunt.*

enseñante. *La cara es el espejo del alma*, dice el conocido proverbio. *Imago animi sermo est*: así se expresaban los latinos. Los gestos del rostro hablan del alma y tendrán más fuerza persuasiva si con ellos se acompaña el contenido de la lección. Si el hilo de nuestro discurso vibra con nuestro gozo, tanto más fácilmente será recibido por nuestros alumnos (*De catech. rud.* 2, 3, 12).

La tarea didáctica, como agustinianos, no solo será tener *alumnos* o nutrir su inteligencia con conocimientos que los hará eruditos y los sacará de la rudeza, sino hacer *discípulos*, seguidores convencidos de la Verdad absoluta que se profesa, desde la participada verdad que les enseñamos. Pero ello demanda, recordémoslo otra vez, ser testigos, vivir la gracia de ser cristianos y, sobre todo, del Ser cristiano —ontología o nueva entidad—, pues en el bautismo se vuelve a nacer desde arriba (Jn 3, 3-5) por el sacramento se da vida a un nuevo ser, a nueva criatura.

Desde esta naturaleza nueva, los mejores esfuerzos y las enseñanzas más subidas y sentidas de nuestro Padre podrán ser identificadas. Desde el puesto donde nos ha colocado la vida o la providencia, nos hará permanecer fieles discípulos e, incluso, ejercer como buenos maestros.

Me parece válido traer, entre muchas, una anécdota familiar. Cuando estaba en casa de mi hermana Elena, vino un señor a tratar algún leve asunto. Era domingo. Mi hermana le preguntó con sencillez y la confianza que le permitía: «Pero, ¿has ido a misa?» Al contestarle que no había tenido tiempo, respondió mi hermana: «Pues, hijo, de Dios venimos y a Dios vamos». Esa es justamente la respuesta agustiniana que jamás había leído mi hermana en S. Agustín, pero que su vivencia en la verdad cristiana le inspiró el acierto de la verdad dogmática. El testigo es quien no pierde el oficio de enseñar como gracia lo aprendido como gracia. El testimonio nos convierte en maestros autorizados.

VII. «SCIENTIA ET CARITAS»

Es el lema irrenunciable de todo agustino y de todo agustiniano. Y no solo como dos cumbres deseables, sino como integración de camino cálido de conocimiento, ya que este método es el que mide y cala mejor la antropología y se encuentra con el hombre concreto que piensa, siente y quiere: *Amor meus, pondus meum*. «El hombre —proclama Unamuno— es más lo que siente que lo que piensa». Así, recrimina a Aristóteles, casi acremente, su definición del hombre como *animal racional*: «¿Por qué no, animal sentimental?» Lo mismo le espetará a Descartes.

Sin embargo, es necesario anotar aquí una observación del P. Díez del Río: «Repárese que, a diferencia de la mentalidad moderna, para Agustín, el afán de conocer *no es para tener y poder, sino para amar*».

Desde el s. XVII, se hizo proverbial la frase del filósofo inglés Francisco Bacon: «*Et ipsa scientia potestas est*» o «*Knowledge is power*». Ciertamente, el saber, el conocimiento es poder.¹⁹ Conocer, sí, las leyes naturales —*regnum hominis*— para poder dominar la naturaleza y no para domeñar al hombre; porque el poder del conocimiento sin la necesaria dirección de los principios éticos —como presionan amenazantes grupos sin conciencia en los medios domésticos— hace hombres corruptos. Por tanto, en los niveles de gestión política, científica o ideológica, ese poder lleva a la calamidad, a la ruina, una vez más, a la sociedad entera.

El autonomismo radical queda excluido de la metafísica agustiniana que se funda, como principio racional y psicológico, en ese trípede del *esse a Deo, esse in Deo, esse ad Deum*. (*Ob. de S. Ag.*, I BAC, 1979: *Introd.* Capánaga 72). Sí, porque de Dios venimos, en Dios crecemos y a Dios vamos (Hch 17, 28).

¹⁹ *Tantum possumus quantum scimus.*

Bajando a la parcela de la experiencia propia, debo confesar que también yo he percibido en algunos, a raíz de algún conocimiento particularmente técnico, ese afán de *tener y poder*. He llegado a la conclusión de que algunos no enseñan bien o no quieren enseñar lo que saben, y racionan sus conocimientos para que los alumnos se contenten con lo mínimo o, al menos, para que dependan de la ventajosa posición del mercader (como si les pareciera ser menos o perder algo de sí cuando el alumno comprende o, quizás, temieran que puede peligrar su «puesto» de dómine).

El libro de la Sabiduría contiene una preciosa perícopa sobre el aprecio altísimo de este don: «En su comparación tuve en nada la riqueza [...] Todo el oro a su lado es un poco de arena, junto a ella la plata vale lo que el barro; me propuse tenerla por luz porque su esplendor no tiene ocaso» (Sab. 7, 8-10).

La *Liturgia de las horas* trae unos versículos en la capitula del oficio divino que aplica por su sabiduría, por su ciencia y enseñanza a los Doctores de la Iglesia: «Aprendí sin malicia, reparto sin envidia y no me guardo sus riquezas; porque es tesoro inagotable para los hombres; los que la adquieren se atraen la amistad de Dios, porque el don de su enseñanza los recomienda» (Sab. 13-14). El P. Alonso Schökel comenta: «El Eclo compara la sabiduría a un océano: siendo inagotable, de ese tesoro pueden participar todos». (La Bibl. del Peregr. Sab. 7, 14). Bajo el versículo 24 del cap. 6, indica lo siguiente: «Muchedumbre de sabios salva al mundo». El mismo P. Alonso comenta: «El sabio que se guarda su sabiduría ya está demostrando que no es sabio y que su mercancía no es auténtica» (La Bibl. del Peregr. Sab. 6, 24). Por eso, es requerida siempre la sapientísima receta agustiniana: «Que tu sabiduría no sea con soberbia, ni tu humildad sin sabiduría»²⁰ (*En in. ps.* 112, 2).

²⁰ *Nec sapientia vestra sit cum superbia, nec humilitas sine sapientia.*

Los dos grandes capadocios, S. Basilio y S. Gregorio Nacienceno, son un ejemplo de lo que es la sana amistad con la santa emulación:

Confesábamos nuestras ilusiones y nuestro más hondo deseo de alcanzar la filosofía [...] y éramos todo lo compañeros y amigos que nos era posible ser, aspirando a idénticos bienes. Nos movía un mismo deseo de saber, actitud que suele ocasionar profundas envidias, y sin embargo, carecíamos de envidia. Contendíamos no para ver quién era el primero, sino para averiguar quién cedía al otro la primacía; y cada uno consideraba la gloria del otro como propia. Parecíamos una misma alma que sustentaba dos cuerpos.

El doctor africano viene a sentir y decir igual que los capadocios: *Donum Dei, quod ipse non habet, nullus in altero invideat, nullus irrideat. In spiritualibus bonis, tuum deputa quod amas in fratre; suum deputet quod amat in te* (*De catech. rud.* 12, 17).

El noble oficio de la cátedra (sobre todo, del profesor agustiniano) tendrá que darlo todo y darse todo. Así será siempre, en la clase y en la calle, cuando enseña y doquiera que sea preguntado.

Pero también ha de enseñar con ingenio, llegando incluso a captar la posible malicia, con la divina oportunidad del método jesucristiano en el Evangelio: unas veces respondiendo más de lo explícitamente preguntado; otras, acudiendo a gestos que entran por los ojos y alcanzan el entendimiento; en ocasiones, preguntando y, si es el caso, callando y aun negándose.

Así, a la cuestión de los fariseos sobre el mandamiento más importante de la Ley, les recitará por añadidura el segundo por el que no preguntaron, pero les enseña que es similar al primero (Mt 22, 36-39).

Otras veces responderá con un ejemplo al vivo: «Los discípulos preguntan sobre quién es el mayor en el Reino de los cielos, no dudó en llamar a un niño y plantarlo en medio de ellos: “Si no llegáis a haceros —el verbo griego *ginomai* significa ‘el proceso de llegar a ser’— como los niños, no entraréis en el Reino”» (Mt 18, 1-3). Con ese propósito rezaba Unamuno: *Agranda la puerta, Padre, / porque no puedo pasar; / la hiciste para los niños, / yo he crecido a mi pesar. / Si no me agrandas la puerta, / achícame, por piedad: / vuélveme a la edad bendita / en que vivir es soñar.*

Habrà veces en que haya que desenmascarar. Entonces, será prudente poner una cuestión y sabio, incluso, no contestar:

Enseñando Jesús en el Templo, se le acercaron sacerdotes y senadores y le preguntaron con qué autoridad hacía eso. Jesús les contestó: os lo diré, si antes me respondéis a esta pregunta: El bautismo de Juan, de dónde era, ¿de Dios o de los hombres? Se concitaron para no dejarse cazar: “Ojo, con lo que decimos: si confesamos que del cielo, nos dirá que por qué no le creímos; si respondemos que de los hombres, tememos a la gente, pues todos lo tienen por profeta. Así que —le respondieron— no lo sabemos”. —“Ah, ¿no? Pues tampoco yo os digo con qué autoridad hago esto” (Mt 21, 23-27; Mc 8, 12).

Todo será enseñar por el valor mismo de la educación y por el deber ineludible que se tiene, como profesos de fe y de la enseñanza, de formar: «A aprender debe invitarnos la suavidad de la verdad; a enseñar nos obliga la necesidad de la caridad» (*Dulc. q. 3, 6*).

Institutor, preceptor, pedagogo, profesor o mistagogo: todo ello debe ser el maestro agustiniano. Es decir, por antonomasia, debe ser

educador y formador de todo el hombre con valores temporales y espirituales, inmanentes y trascendentes. Además, tendrá que ejercer como el escriba *doctus in regno* ('doctor en reino') y ser semejante al paterfamilias quien de su tesoro sacará siempre *nova et vetera* ('cosas nuevas y viejas'), (Mt 13, 52).

VIII. EDUCAR

S. Agustín sabe muy bien que educar, enseñar o formar es, en primer lugar, *e-ducere* ('sacar de'). No solo sacar de adentro las posibilidades, aficiones y potencias que pudiera poseer el alumno; sino también sacarlo del medio corrompido, del ambiente viciado, del extravío, del error... y, cristiano cabal, del pecado (que para Agustín es *pede cadere*, o sea, 'patinar', 'dar un traspie', 'errar' o 'no alcanzar la meta'). En el campo moral, supone un desorden, una subversión o corrupción del orden de la creación: el error más grave, el más menoscabado de la persona. Lo sabe no solo por la observación y su historia con los alumnos, sino por amarga experiencia propia que lo llevó al extremo. Si consideramos el pecado como carencia de bien y negación de entidad, la persona quedaría metafísicamente reducida a la más mínima expresión del ser.

«Educar significa sacar el corazón del formando de una situación de presente para llevarlo más allá, hacia su futuro como persona y como miembro de una comunidad» (Stud. Sap. 147).

Sabemos bien de qué manera —*atrociter*— se irritaba cuando, por ejemplo, le hacían trampa los compañeros de juego, las mismas trampas que él hacía cuando podía: «En el juego andaba yo a la caza de fraudulentas victorias, vencido por el vano prurito de descollar o sobresalir» (*Conf.* I 19, 30). Era *vana excellentiae cupiditate* (en latín, *excellencia* lleva la idea de

situarse físicamente por encima de los demás, de donde sale *colina, columna, culmen*). Tampoco se le escapa al retórico de Cartago ni la antítesis literaria (*victoria... victus*) ni la antítesis moral entre la victoria con fraude en el juego y la vergonzosa derrota de la verdad en el alma y el corazón del joven. Aún se enfurecía rabiosamente y sin querer ceder cuando lo sorprendían en el engaño y se lo echaban en cara: *saevire magis quam cedere* (emplea el verbo *saevire*, aplicado propiamente a la crueldad de los animales, por metáfora a la rabia y furia de las personas).

La deseducación, incluso «planificada», de hoy se dirige hacia la exacerbación de hacer desviadamente sensibles a los niños y a los adultos con reclamos y pretendidos derechos que coinciden con «sus caprichos».

Resulta prudente advertir: ¡Qué no hagan trampas! Pero no se pone parejo esfuerzo en hacer sensibles a los niños y a los hombres de sus deberes: ¡No hagáis trampas! Y ello no solo porque es desorden moral e injusticia social, sino porque se hace sisa de la persona misma, quien ensucia su dignidad, roe su personalidad, reniega del Hacedor (la causa eficiente), se desvía del Modelo (la causa ejemplar) y se aleja de su Fin (la causa final).

Como buen platónico, la vida de la persona se manifestará más armónicamente, más bellamente, más bondadosamente y más «divinamente» cuanto más participe o crezca con mayor intensidad en la jerarquía del Ser. «A mayor elevación en el ser corresponde mayor grado de divinidad» (Fraile 349, 50). El *fecisti nos ad Te* y el *inquietum cor nostrum* solo tienen sentido pleno en el *donec requiescat in Te*.

IX. CULTURA

Se dice que educar es *e-ducere*, porque *ducere* es ‘ponerse en camino’ como *dux* (‘guía’ o ‘capitán’) para conducir al estudiante. El alumno y las personas del ambiente que le rodean se ven envueltos bajo una presión que les quita la libertad de lo que quieren y deben ser. Demasiadas veces se ven solos porque no encuentran un maestro que no solo enseñe la verdad y el bien, sino que les sirva de testimonio claro y gozoso como persona y como maestro.

Agustín nos habla del desgarró que sufría en los años del liceo:

Tú sabes, Señor, que yo era mucho más pacato que los demás y totalmente ajeno a las calaveradas de los eversores —nombre siniestro y diabólico que ha logrado convertirse en distintivo de urbanidad— y entre los cuales vivía con impudente pudor por no ser uno de tantos. Es verdad que andaba con ellos, pero siempre aborrecí sus hechos, las diabluras con que impudentemente sorprendían y ridiculizaban la candidez de los novatos, sin otro fin que burlarse y apacentar a costa ajena sus malévolas alegrías. Nada más parecido a los hechos de los demonios, por lo que ningún nombre les cuadra mejor que el de *eversores o perversores*, por ser ellos antes pervertidos por los espíritus malignos que así los burlan y engañan sin saberlo, en aquello mismo en que se burlan y engañan a los demás. (*Conf.* III, 3, 6)

Esta experiencia desgarradora la padecen hoy muchos de nuestros estudiantes, víctimas de los modernos perversores que propalan ideas subversivas y erradas con pretensiones de ser originales o simplemente de divertirse irresponsablemente.

Las nobles palabras de «autenticidad» o «personalidad» están prostituidas con intención ideológica o por simples intereses comerciales. Se conoce prácticamente todo un catálogo de palabras y frases que han sufrido la eversión (de *evertere*, que significa ‘volver de revés’ o ‘subvertir’) perversamente manipulada por las instancias más poderosas de «gobiernos de ideología» para llevar a la sociedad universal al error, a la depravación, a la degeneración y al crimen, como lo padecemos vergonzosamente con las legislaciones abortistas, homosexualistas, tanatistas, entre otras.

Es muy conocida la marcada personalidad que tenía Agustín para hacerse amigos; por eso, arrastraba a muchos de ellos a los errores de las sectas. Además, se conoce su fuerza de convicción cuando, una vez convertido, a aquellos amigos que primero extravió los fue trayendo a la fe cristiana.

Se tiene el deber de educar para pensar rectamente y obrar correctamente. Existen espacios en los que las personas apenas pueden hacer algo como, por ejemplo, en la ecología física o química; sin embargo, sí se puede hacer mucho, a pesar de los poderes políticos y económicos en ecología moral y cultural. Lo primero sería establecer la clara diferencia entre lo que es cultura y las muchas formas que nos invaden y son abiertamente contraculturales o anticulturales, que así se deberían llamar, por deshumanizantes y deshumanizadoras.

Si el balance de la educación en los colegios y liceos no da, como consecuencia, hombres claros —y se insiste otra vez— «formados y firmes» (Co 2, 5), sobre todo frente a aberraciones y degeneraciones con que politiqueros sin conciencia y leguleyos en venta encabestran a la sociedad, la educación habrá fracasado en su objetivo fundamental. Esa no será formación agustiniana, incluso no será siquiera educación. «Cuidado, que nadie secuestre vuestra cabeza con vanas filosofías y falacias de fabricación humana, y no según Cristo» (Co 2, 8).

Los grandes valores humanos de los griegos los englobaron los latinos —desde Cicerón, bajo la palabra «humanitas» y la palabra «cultura»—, quienes comprendían las letras, las artes y los grandes ideales de verdad, bondad y belleza, incluidos la *pietas*, lo trascendente y lo divino. Agustín afirma que es necesario estudiar humanidades para ser más humano; es decir, ser un hombre digno en medio de los hombres (cf. *De doctr. Chr.* 11, 12).

El filósofo canadiense Mc Luhan dice muy gráficamente: «En la nave espacial Tierra, no hay pasajeros; todos somos tripulantes». O, también, «somos lo que vemos». Él describe a los medios de comunicación como «extensiones» de la persona y acertó con la frase —acuñada también por él— de «aldea global». Si bien es verdad que, en el plano tecnológico, los medios masivos se pueden imaginar como «extensiones» de la persona —«estamos donde se produce la noticia»—, hoy esos instrumentos masivos —en los que no entra la reflexión del filósofo— se han pervertido en gran parte en «extorsiones», en medios de extorsión contra la mente y la moral de las personas.

Si es cierto que «somos lo que vemos», entonces existen más razones para educar, formar, enseñar y prevenir —insistimos—, prevenir a nuestros alumnos no solo para que «no sean lo que ven», sino para que «vean lo que deben ser».

Bastante de lo que hoy se quiere colar como información o noticias no es «saber», sino *vana curiositas*. S. Agustín escribe a Dióscoro una carta en la que le recrimina directamente ser *inaniter curiosus*; y este se dirige precisamente a Agustín, cuya *maxima cura* —le dice el obispo— *est reprimere aut refrenare curiosos* (Ep. 118 I 1). Si esto lo guardaba S. Agustín en su época, ¡qué no debemos exigir hoy!

Hay que seleccionar, desechar y «aprender de la abeja, que unas flores coge y otras deja», como se plasmó el antiguo refrán. Además, enseña el Hiponense: Hay muchas cosas que desear para que no desees estas.²¹ No hay, pues, que matar los deseos, sino cambiar sus objetos (S 313 A 2). Eso obliga al maestro a profesar la enseñanza, en sentido y amplitud de religioso oficio, como Zubiri decía de sí mismo: «Soy profeso de la filosofía. ¡Qué método tan actual y tan urgente para nuestro quehacer de formadores!»

Hay que denunciar al antihéroe y al antimodelo, y hacer circular los valores universales y perennes porque se adecuan a la persona y forman al hombre. Las virtudes son la riqueza de lo que la persona es, independientemente del tener o parecer; es decir, de lo que la persona ofrezca o parezca. Es necesario afirmar y confirmar a los alumnos en este axioma filosófico —con mayor razón hoy— frente a la estúpida idolatría de la epidermis y el maquillaje, además de los requilorios y abalorios, o de la bisutería de titulillos y cartones. No se pretende, naturalmente, restar méritos a nadie.

Sin embargo, como siempre, las anécdotas del mundo griego nos ilustrarán de manera ejemplar: uno de los Siete Sabios de Grecia se encontraba entre los naufragos de un barco. Los sobrevivientes, semidesnudos, daban gracias a los dioses por haber salvado sus vidas. Pero se lamentaban de haber perdido todo. El sabio, igualmente desnudo, les decía: «yo todo lo llevo conmigo».

²¹ *Panta syn me feró.*

X. VIRTUDES

El demonio no duerme: eso nos enseñaban nuestros padres y educadores cuando éramos niños. ¡Qué gran verdad! No podemos permitirnos cruzarnos de brazos o decir «no lo sabía», cuando hay desatada toda una actividad antifamilia, anticristiana y, en el fondo, antihumanista de perfidia y, desde la más abusiva fuerza, de «gobiernos de ideología».

Asimismo, decía el gran Unamuno que a las 14 obras de misericordia del catecismo, hay que añadir la decimoquinta: «Despertar al dormido; sobre todo —decía el genial filósofo— cuando el dormido duerme al borde del abismo, es mayor obra de misericordia despertarlo que enterrarlo después de muerto».

Teorizamos demasiado con la mejor voluntad. En general, demasiados alumnos se nos escapan de las manos. Algo grave nos pasa. Un gran amigo mío y excelente profesor suele interrumpir a sus ex alumnos cuando le cuentan que ahora estudian Educación: ¡Qué! ¿Eso no se presupone?

Con la deseducación, tan permisiva y errada, estamos padeciendo la entronización de la república del abuso y de la fuerza del más fuerte; es decir, está de vuelta la ley de la selva que, en el hombre, revienta toda convivencia y relación armónica; aquella que observa el fabulista Iriarte «allá en tiempos de entonces» cuando el elefante reunió a los animales para la pacífica convivencia, el orden y la sensatez. Sin embargo, educar es caminar del brazo con el alumno para *con-ducere* ('ir juntos') y ejercer la paciencia *a quo est vera sapientia, ab illo est vera patientia* (*De pat.* 5, 4). Hace falta guiar hacia la verdad del corazón, de los trascendentales del ser, que no menos que la razón los percibe el corazón.

El amor incansable y el humor inagotable fueron las herramientas educativas de S. Juan Bosco: mozo, sastre, zapatero, herrero... y los domingos, ilusionista, músico y saltimbanqui. Cuando se acercó al primer joven con su mejor proyecto en la cabeza, vio que sus primeras preguntas no tocaban suelo. —¿Saber silbar? —preguntó D. Bosco—. Se dibujó la sonrisa y empezó la cercanía.

La dosis psicológica de sus célebres *Buenas noches* ha modelado miles de corazones y forjado hombres de fe recia con distinguida marca salesiana. Confesaré que conozco a un grupo maduro de ex alumnos salesianos (una asidua decena); todos ellos celebran entusiastas sus mejores valores de la educación recibida. No dudo de que entre los ex alumnos agustinianos se darán rasgos análogos de hombres de bien y de celebrada convicción agustiniana.

El maestro tiene casi en sus manos el poder del milagro en el tiempo en que aún se consentía aquel principio de dómine: «la letra con sangre entra». El P. A. Manjón, otro de los grandes educadores del s. xx y fundador de las escuelas del Ave María, lo aceptaba solo volviéndolo del revés, que en su aprendizaje deje granadino sonaría más o menos así: «¿Que la letra con sangre entra? Sí, pero de la maestra».

En fin, navegando por el inconmensurable océano agustiniano, me atrevo bruscamente a decir que uno no sabe qué admirar o dónde aprender más: si en la genial doctrina y perdurable vida de sus magistrales libros, o en el polifacético y universal libro de su vida, sus *Confesiones*, escrito a jirones de corazón y sangre (biografía, forja, broche) para el modelador troquel de las generaciones de todos los tiempos: su fragua, su martillo y su yunque.

BIBLIOGRAFÍA

BARDÓN, Eusebio B.

2008 *Elementos básicos de pedagogía agustiniana*. Iquitos: OSA.

SAN AGUSTÍN

1969 *Obras de S. Agustín*. Madrid: B. A. C.

1982 *Historia de la filosofía 1*. Madrid: B. A. C.

ORDEN AGUSTINOS RECOLETOS

1987 *Plan de formación Studium Sapientiae*. Madrid.